

# EL SEÑOR NARIZOTAS



10  
CTVS.

COLECCION MARUJITA

Nº 63

EL SEÑOR

NARIZOTAS

118 X 162

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA

# EL SEÑOR NARIZOTAS



Una vez, había una mujer llamada Doña Eleuteria, que tenía dos hijas, Chuchita y Ojoslindos. Chuchita era perezosa y tenía muy mal genio, pero Ojoslindos tenía muy buen carácter y era en extremo hacendosa.

Doña Eleuteria mandó a Chuchita a trabajar fuera de su casa, porque en la suya propia no hacía nada y así Chuchita se encargó de los quehaceres domésticos del Brujo Gumbo, quien cuidaba de que la joven no estuviese un momento ociosa.

En la brillante puerta azul del brujo, había un llamador muy curioso. Era de latón y tenía la forma de una cabeza muy fea, provista de larga nariz, y Chuchita cada mañana, al limpiarla, se burlaba de ella.

Gumbo, el brujo, la obligaba a que limpiase todos los días el llamador y la joven le tenía mucha rabia a causa del trabajo que le daba. Sin embarao, lo frotaba largo rato con un paño y al terminar lo miraba burlona.

—¡Ja, ja, ja!—exclamaba.—¡Qué feo eres, señor Narizotas! ¿Por qué tienes la nariz tan larga? Voy a darte un buen tirón de narices.

Y, en efecto, Chuchita agarraba la nariz del llamador y tiraba con toda su fuerza. El señor Narizotas chillaba, enojado, pero Chuchita se reía aún más y luego penetraba en la casa con sus trapos y la pasta para limpiar metales.

Un día, Chuchita, muy enojada de que Gumbo la hubiese regañado por haber roto una taza, fué a limpiar el llamador. Lo frotó con mucha fuerza y luego le dirigió las palabras acostumbradas.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué feo eres, señor Narizotas! ¿Por qué tienes la nariz tan larga? Voy a darte un buen tirón de narices.

Y, en efecto, alargó la mano hacia la larga nariz del llamador y tiró de ella con toda su fuerza.

—¡Oh!—exclamó el señor Narizotas.

Luego ocurrió una cosa muy extraña. Se desprendió de la puerta, le nacieron unas piernas y unos brazos muy delgados y echó a correr detrás de Chuchita, gritando al mismo tiempo.

—¡Todos los días me tiras de la nariz! ¡Todos los días, sin faltar uno! Pero ahora voy a darte un gran susto.

Chuchita echó a correr como alma que lleva el diablo, pero el señor Narizotas la persiguió sin dejar de gritar.

La joven llegó a un pozo donde había varias personas ocupadas en sacar agua y, al verla, le preguntaron:

—¿A dónde vas tan de prisa? ¿Por qué estás tan pálida?

—¡Me persigue el señor Narizotas!—contestó ella, jadeando.—¡Salvadme! ¡Salvadme!

—Escóndete detrás del brocal del pozo—le contestaron.—Nosotros te protegeremos.

Pero en aquel momento vieron al brillante llamador que se acercaba corriendo y se asustaron.

—Vale más que eches a correr—dijeron a Chuchita.—  
Tenemos miedo. Nunca vimos un llamador como ése.

Chuchita reanudó su carrera jadeando y el llamador la siguió como si fuese una exhalación. Al mismo tiempo, gritaba:

—Todos los días me tira de la nariz. ¡Todos los días!  
Y ahora voy a darle un buen susto.

Chuchita llegó a una escuela, cuyos alumnos estaban dando clase al aire libre. Los niños, al verla, preguntaron, sorprendidos:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan pálida? ¿Por qué corres de ese modo?

—Me persigue el señor Narizotas—jadeó Chuchita.—  
¡Salvadme! ¡Salvadme!

—Siéntate en este taburete y da lección con nosotros—le dijo el maestro.—Ya cuidaremos de ti.

Pero cuando vieron aparecer al brillante llamador, se asustaron.

—Valdrá más que eches a correr. Tenemos miedo. Nunca vimos un llamador igual.

Chuchita reanudó su carrera y el brillante llamador continuó persiguiéndola, sin dejar de agitar los brazos y gritando al mismo tiempo:

—Todos los días me tira de la nariz. ¡Todos los días!  
Y ahora voy a darle un buen susto.

Chuchita llegó entonces a una corriente de agua, junto a la cual había seis pescadores. Al verla le preguntaron:

—¿Por qué estás tan pálida? ¿Por qué corres de ese modo?



CHUCHITA ECHÓ A CORRER PERSEGUIDA POR  
EL SEÑOR NARIZOTAS

—Me persigue el señor Narizotas. ¡Salvadme! ¡Salvadme!

—Siéntate entre nosotros y ya cuidaremos de ti—  
dijeron los seis pescadores.

Pero en cuanto vieron al brillante llamador que corría hacia ellos por encima de la hierba, se asustaron.

—Vale más que eches a correr. Tenemos miedo. Nunca vimos un llamador como ése.

Chuchita reanudó su carrera y el llamador continuó persiguiéndola sin dejar de gritar:

—Todos los días me tira de la nariz. ¡Todos los días! Pero ahora voy a darle un buen susto.

Chuchita llegó a un lugar en donde algunas personas

estaban cortando un seto que, al verla, le preguntaron:

—¿Por qué estás tan pálida? ¿Por qué corres de ese modo?

—Me persigue el señor Narizotas. ¡Salvadme! ¡Salvadme!—jadeó Chuchita.

—Toma un cuchillo y ayúdanos a cortar el seto—le indicaron.—Ya cuidaremos de ti.

Pero en cuanto vieron al brillante llamador que se acercaba corriendo, tuvieron miedo.

—Vale más que eches a correr—dijeron a la joven.—Nunca vimos un llamador igual. Tenemos miedo.

La pobre muchacha vióse obligada a emprender de nuevo la carrera y le quedaban ya tan pocas fuerzas, que preveía ya cercano el momento en que tendría que detenerse y respirar. De pronto, sin embargo, llegó a una casita amarilla, cuya puerta, muy grande, era de color verde. En el jardín estaba sentado un enorme erizo, ocupado en leer el periódico y en fumar su pipa. Al ver a la joven la miró extrañado y le preguntó:

—¿Por qué estás tan pálida? ¿Por qué corres así?

—Me persigue el señor Narizotas. ¡Sálvame! ¡Sálvame!

—Bueno, siéntate a mi lado en el jardín y esperaremos tranquilamente su llegada—dijo el erizo, entregándole una hoja del periódico.

Y Chuchita se sentó a su lado y trató de recobrar el aliento.

En breve llegó a la puerta el señor Narizotas y agitando los brazos gritó:

—Todos los días me tira de la nariz. ¡Todos los días! Y ahora voy a darle un buen susto.

El erizo miró a Chuchita y pudo darse cuenta de que, si bien tenía cara de mal genio, era muy bonita.



—ENTRÉGAMELA PARA QUE LA CASTIGUE—  
EXCLAMÓ EL SEÑOR NARIZOTAS

—Oye, niña—le dijo.—Si yo venzo a ese extraño y vengativo llamador, ¿querrás casarte conmigo?

Chuchita miró al erizo e, interiormente, se rió. Desde luego no estaba dispuesta a aceptar semejante marido. De ninguna manera. Pero en voz alta replicó:

—Sí. Me casaré contigo.

Contestó así, porque quería verse a salvo del irritado

llamador, pero no tenía la menor intención de cumplir su promesa.

—Bueno—dijo el erizo, en tanto que sacudía la ceniza de su pipa.

Luego se puso en pie y situó a la joven tras él.

—Ahora vendrá conmigo, para que la castigue—dijo el señor Narizotas, dando vueltas en torno del erizo.— Todos los días me tira de la nariz. ¡Todos los días! Entréguemela usted inmediatamente.

—No—contestó el erizo en fuerte voz.

—Pero, ¿quién es usted para decirme que no? Sepa que está hablando con el señor Narizotas, el llamador de la puerta del brujo Gumbo—gritó el llamador hecho una furia.

—Poco me importa—contestó el erizo.—Además no me interesa. Y no se atreva a pelear conmigo, porque le saldrá caro.

—¡Ah, sí!—replicó el llamador desdeñosamente.— ¿Eso se figura? Pues tenga en cuenta que si no me entrega inmediatamente a esa muchacha para castigarla, lo tumbo a usted de un puñetazo.

—No seas tan fanfarrón, hombre—contestó, riéndose, el erizo.

Entonces el llamador se arrojó contra él, pero las púas del erizo lo pincharon de tal modo, que empezó a gritar de dolor.

—Ahora voy a enseñarte a pincharme—gritó arrojándose de nuevo contra el erizo.

Este no hizo ningún movimiento, sino que dejó al llamador en libertad de pincharse en sus púas y mientras tanto se reía al observar el furor de su enemigo.

Por último el llamador se quedó sin fuerzas y se cayó, jadeando, a los pies del erizo. Entonces éste lo agarró



## EL ERIZO ARROJÓ AL SEÑOR NARIZOTAS CONTRA LA PUERTA

y, con la mayor violencia, lo tiró contra la puerta verde de su casa. Y allí se quedó clavado, en tanto que se contraían y desaparecían sus brazos y sus piernas, convirtiéndose de nuevo en un llamador de latón brillante y de larga nariz.

El erizo se echó a reír con voz sonora y tomó a Chuchita de la mano, diciendo:

—Ahora iremos a casa de tu madre, para que recojas tus cosas y luego volveremos para casarnos.

Chuchita estaba decidida a no casarse con el erizo, aunque, naturalmente, no lo dijo así. Ambos se encaminaron a casa de la señora Eleuteria, y Chuchita penetró en la vivienda, recogió sus efectos y luego huyó por la puerta trasera. Dirigióse a casa de su tía, rogándole que le dejara pasar una temporada con ella.

El erizo esperó largo rato a la joven y en vista de que



## EL ERIZO SE TRANSFORMÓ EN UN GUAPO JOVEN

no aparecía, entró a su vez en la casa y preguntó a doña Eleuteria dónde estaba su hija.

—Se ha marchado—contestó ella asombrada.—¿Por qué la busca usted?

Entonces el erizo le dió cuenta de que había salvado la vida de Chuchita y de que ella prometió ser su mujer.

—¡Dios mío!—exclamó su madre.—Se ha marchado y es seguro que no se casará con usted. Me parece muy mal que haya faltado a su promesa.

Pero Ojoslindos, la otra hija, se presentó entonces y haciendo una reverencia al erizo dijo:

—Si usted quiere, yo seré su mujer. Cumpliré la promesa que le hizo Chuchita.

El erizo miró a la bondadosa doncella y se dijo que era mucho más bonita que Chuchita. Así, pues, aceptó aquel ofrecimiento y entonces ocurrió algo maravilloso,

porque, en cuanto dió un beso a su prometida, se transformó en un arrogante joven, que llevaba una cadena de oro en torno del cuello y sortijas también de oro en tres de sus dedos.

—Debes saber, Ojoslindos, que yo no soy un erizo —dijo sonriendo.— Soy Manofuerte, hijo del hechicero más sabio de todo el país. Ahora iremos a vivir juntos en mi casita. Ven.

Se casaron y Manofuerte llevó a Ojoslindos a vivir en su casita amarilla, pero en cuanto entraron en ella, se transformó en una hermosa mansión llena de criados, dispuestos a satisfacer el más pequeño deseo de su nueva señora.

Cuando Chuchita se enteró de lo ocurrido al erizo que se casó con su hermana, sintió grandes celos y se encolerizó sobremañera y empezó a recorrer la comarca en busca de otro erizo hasta que al fin lo encontró.

—El erizo de Ojoslindos se convirtió en un joven rico y guapo—pensó.— Tal vez a éste le suceda lo mismo.

Y se casó con él.

Mas, por su desgracia, el erizo se convirtió en un feo esclavo, que fué a trabajar a las órdenes de Manofuerte, y a ella la obligó a servir a Ojoslindos. Y una de las cosas que se veía obligado a hacer todos los días, era limpiar el llamador de la puerta principal, pero ya nunca más volvió a tirarle de la nariz.

## FIFÍN, EL DESHOLLINADOR

Enriqueta tenía una lindísima casa de muñecas, provista de iluminación eléctrica, de modo que de noche podía encender las lamparillas de cada una de las habitaciones. Los grifos del baño se cerraban y se abrían y cuando se hacía esto último salía de ellos agua verdadera que llenaba el baño.

Cuando Enriqueta quería llenarlo de agua caliente, solía encender el fogón de la cocina y así calentaba un poco de agua, que después vertía en el baño.

Un día fué a jugar con ella su amiga Juanita, quien le pidió que calentase el agua para el baño de las muñecas.

—Luego las bañaremos—dijo.—Por lo menos lo haremos con todas las que quepan en el baño. Las demás son demasiado grandes. ¿Tienes tohallas para secarlas, Enriqueta?

—Sí, están en este armarito del dormitorio. Mira.

Abrió un cajón y, muy bien dobladas, aparecieron algunas tohallas para el baño, de tamaño apropiado para las muñecas. La niña sacó dos tohallas y las puso en el tohallerero del cuarto de baño.

Luego fué a preguntar a su aya si podía encender el hornillo de la casa de muñecas.

—Bueno, ten cuidado y no te quemes—le dijo el aya.

—Aquí tienes un poco de papel de seda y una tea, que dividirás en palitos muy pequeños. Y encima pon unos pedacitos de carbón de los más pequeños que encuentres en la carbonera.

Aquello era muy divertido. Enriqueta y Juanita prepararon el fuego en el pequeño hornillo. Pusieron primero el papel de seda, luego las astillas de la tea y, por fin, los pedacitos de carbón.

Entonces llegó el momento más interesante. Enriqueta acercó un fósforo encendido y prendió fuego.

Inmediatamente se elevó la llama, encendiéronse las astillas y el carbón empezó a ponerse rojo. Pero, ¿qué pasaba allí?

El humo invadió la diminuta cocina, en vez de salir por la chimenea. ¡Qué desagradable!

—La chimenea no tira, aya—dijo Enriqueta.—¿Qué haremos?

—¡Qué fastidio!—exclamó el aya mirando al interior de la cocina.—Este humo va a estropearlo todo, Enriqueta. Es preciso apagar inmediatamente el fuego.

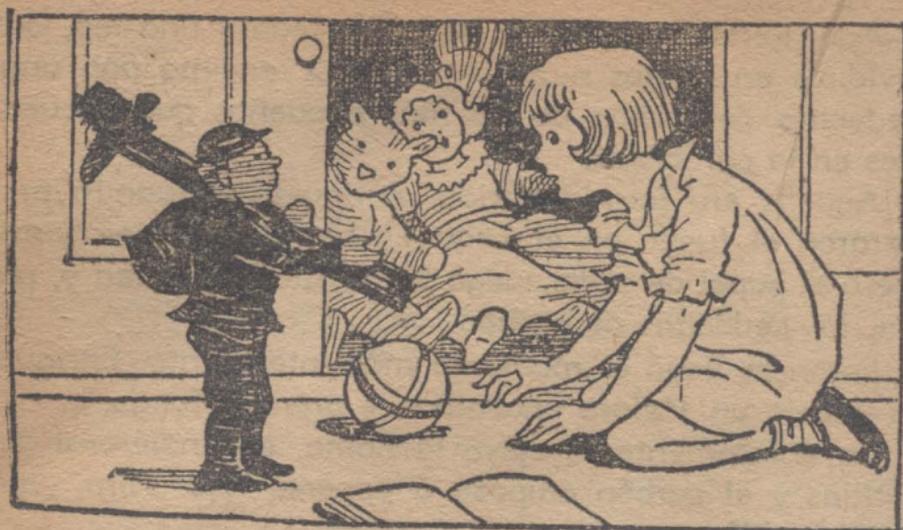
—Nosotras queríamos dar un baño caliente a las muñecas—dijo Enriqueta muy triste.

—Pues no podrás—contestó el aya con acento firme.—No puedo permitir que haya tanto humo en la habitación. Sin duda la chimenea necesita una buena limpieza.

—Pero ¿quién se encargará de ella?—preguntó la niña casi llorando.—Un deshollinador corriente no lo hará, porque sus cepillos son demasiado grandes.

—Nadie puede encargarse de limpiar la chimenea de una casa de muñecas—dijo el aya.—Eso significa que ya no podrás encender más el fuego de la cocina.

—¡Qué lástima!—exclamó Juanita.—¡Con lo que yo



—ES FIFIN, MI DESHOLLINADOR

deseaba abrir los grifos del baño y llenarlo de agua caliente!

El aya, entonces, derramó un poco de agua de una taza sobre el fuego de la cocina y, en el acto, se apagó chirriando.

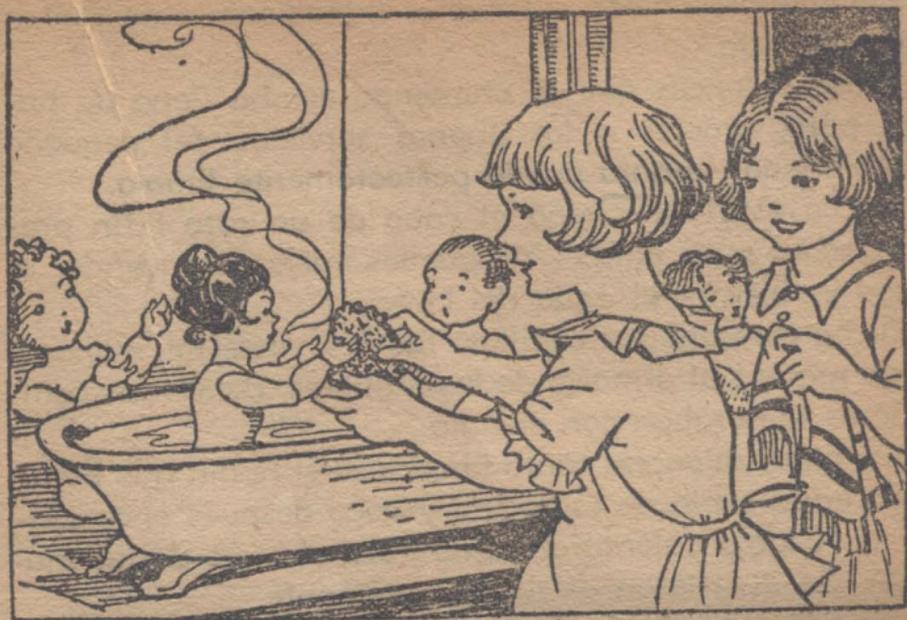
—Ya está apagado — dijo. — Ahora jugad con otra cosa cualquiera. Yo voy abajo a coser a máquina. Sed buenas durante mi ausencia.

Al salir de la estancia, las dos niñas se quedaron muy tristes mirando la casa de muñecas. No querían jugar con ninguna otra cosa, sino que deseaban bañar a las muñecas con agua caliente.

De pronto Enriqueta oyó un ruido extraño en la parte posterior del armario de los juguetes.

—¿Qué es esto?—preguntó Juanita.—Parece un ratón.

Miraron al interior del armario y ¿sabéis qué vieron?



### DIERON UN BAÑO CALIENTE A LAS MUÑECAS

Pues algo que se agitaba por debajo de un montón de animales de pelo, deseoso de salir.

Enriqueta separó el montón de juguetes que ocultaban al que se movía y entonces dió un grito de sorpresa.

—Es Fifín. Mi deshollinador de juguete.

En efecto, era Fifín. El pequeño deshollinador había oído la conversación acerca de la chimenea de la casa de muñecas. Y creyó que podría ser útil.

—¿Estás vivo, Fifín? — preguntó Enriqueta, sorprendida.

—Sí; déjame que limpie la chimenea de la casa de muñecas. Tengo todo lo necesario.

—¿Podrás?—preguntó Juanita extrañada.

—Dejad que lo pruebe y ya lo veréis.

Las dos niñas le dieron su conformidad y el pequeño

deshollinador empezó a trabajar inmediatamente con la mayor pericia.

Vióse entonces que la chimenea estaba llena de hollín, pero, gracias a los buenos servicios del pequeño deshollinador, pronto quedó perfectamente limpia.

—¡Ya está!—exclamó al cabo de un rato Fifín presentándose a su ama.—Ya puedes volver a encender el fuego y calentar el agua del baño.

Dicho esto ató sus cepillos, fué a lavarse las manos y luego regresó al armario de los juguetes, donde sus compañeros lo miraban con envidia.

Las niñas mientras tanto limpiaron el hollín que había caído en el suelo de la cocina y poco después encendieron el fuego y calentaron agua para el baño de las muñecas. Se divertieron extraordinariamente.

Cuando regresó el aya se enojó al ver que las niñas habían encendido otra vez el fuego, pero en vano fué que Enriqueta le explicara lo sucedido, porque no quiso creerla. Pero ya sabemos que se equivocaba.

---

## LA CONEJA LISTA

Jorge tenía una coneja negra por completo, a excepción de su rabo que era blanco. El la llamaba Saltarina y la quería mucho, porque era muy lista y aprendía multitud de habilidades.

Cuando le ofrecía una lechuga, la coneja se ponía sobre sus dos patas traseras y no la tomaba hasta que su amo le daba permiso.

El niño le había enseñado también otras muchas cosas; entre ellas que le siguiese de cerca y la de acudir a su llamada. De modo que el niño y la coneja pasaban muy buenos ratos y se querían en extremo.

Cuando Jorge cumplió los siete años, su padre le anunció la necesidad de asistir a la escuela y el niño se puso muy triste, pensando lo que haría Saltarina durante su larga ausencia de cada día.

—Pronto se acostumbrará—le dijo su padre sonriendo.—Como ya comprenderás, no puedes llevártela a la escuela.

—Pero se quedará muy triste—repuso Jorge,—Quizá podríamos comprar otro conejo para que la acompañara.

—No hay necesidad—le dijo su padre.—Ya verás cómo se acostumbra.

Jorge comprendió la inutilidad de insistir, especialmente porque a su padre no le gustaban los conejos.

Llegó el día en que el niño tuvo que ir a la escuela. Se quedaba a comer en ella, de modo que sólo podía jugar unos minutos con Saltarina antes de salir por la

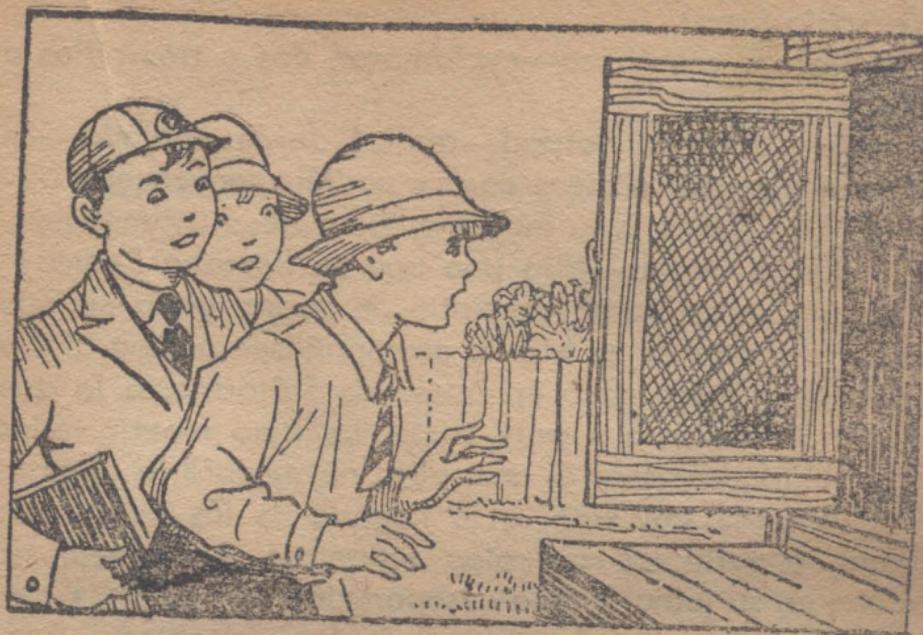


## CUANDO LE OFRECÍA UNA LECHUGA, LA CONEJA SE PONÍA SOBRE SUS DOS PATAS

mañana y otros tantos por la tarde a su regreso, porque sus deberes le impedían dedicar mucho tiempo al animalito.

Ni siquiera los domingos podía dedicarle todo el día, pues, por la mañana, había de ir a la iglesia y por las tardes a la escuela dominal. Estaba muy atareado.

El niño echaba mucho de menos los juegos con la conejita y ésta a su vez adelgazó y se puso muy triste. Jorge pidió a su mamá el permiso para comprar otro conejo, pero la buena señora no se atrevió a concedérselo y únicamente le prometió hablar del asunto con su padre.



## LA JAULA ESTABA ABIERTA Y SALTARINA HABIA DESAPARECIDO

—De ninguna manera—contestó al ser preguntado.—  
Ya hay bastante con un bicho. Por otra parte, ¿quién  
oyó decir nunca que un conejo enfermara de tristeza?  
En fin, he dicho que no pienso volverme atrás.

Jorge comprendió que no conseguiría nada y resolvió  
no preocuparse por la conejita. Un día sus condiscípulos  
empezaron a hablar de los animales que cada uno poseía.

Alabaron a varios perros y gatos por las habilidades  
que llevaban a cabo. Entonces Jorge les dijo que tenía  
un conejo muy listo.

—¡Bah!—contestó un niño,—los conejos son tontos.

—Pues yo os aseguro que mi conejita es muy lista—

contestó Jorge y, a continuación, les explicó las cosas que sabía hacer.

—Eres un mentiroso—exclamaron dos o tres niños a coro.

—Pues digo la verdad—replicó Jorge enojado.—Si queréis, acompañadme a casa y podréis convencerlos.

—Pide permiso a tu mamá y, si no tiene inconveniente, mañana iremos—dijo uno que se llamaba Pedro.

La madre de Jorge consintió de buena gana en que los compañeros de su hijo lo acompañasen a casa al día siguiente y Jorge salió en busca de Saltarina, a la que encontró muy sola y muy triste. Le hizo repetir todas sus habilidades, pero el animalito no recobró la alegría.

A la tarde siguiente, a la llegada de los niños, que fueron a verla, ocurrió algo espantoso. La coneja no estaba en su jaula. Había desaparecido.

—Ya lo ves—exclamó uno de los visitantes.—Aseguraste que tu coneja atendía cuando la llamabas, pero no es así. Eres un mentiroso y ni siquiera creemos que tuvieses un conejo.

Jorge apenas oyó tales palabras. Estaba muy triste y no sabía qué hacer. En cuanto se hubieron marchado sus visitantes empezó a buscar a Saltarina por todas partes, pero no pudo encontrarla.

—Se habrá marchado al verse tan sola—pensó Jorge a punto de llorar.—Ojalá vuelva. Habrá ido al prado comunal, en donde hay muchos conejos.

Pero no fué así. Los compañeros de Jorge se burlaban de él continuamente y le llamaban mentiroso. El no sabía qué hacer y un día tuvo una buena idea.

—Todas las mañanas, antes de almorzar, iré al prado comunal—pensó,—lo registraré palmo a palmo y llamaré a Saltarina. Estoy seguro de que si me oye, acudirá.



JORGE NO PODÍA CREER LO QUE ESTABA VIENDO

Así lo hizo a partir del día siguiente, y aunque pudo ver a numerosos conejos, ninguno de color negro contestó a sus llamadas.

En la mañana de lunes, el niño se dirigió a una ligera eminencia que había en el prado comunal y aunque no tenía muchas esperanzas, volvió a llamar repetidas veces a la coneja y entonces ocurrió algo muy raro. Asomó un hocico negro por la entrada de una madriguera. Salió luego un conejo muy alegre, y fué a situarse entre los pies del niño.

El niño lo tomó en sus brazos y lo acarició.

—¡Oh, Saltarina! Vuelve conmigo a casa. Te he añorado mucho.

Volvió a dejarla en el suelo y le dió la acostumbrada orden de que lo siguiese. La coneja lo hizo así por unos pasos, mas luego se detuvo. Volvió la cabeza hacia la madriguera de que había salido y luego miró al niño.

—¿No vienes, Saltarina? — preguntó Jorge. — Sígueme.

Pero la coneja no obedeció. Se volvió de pronto y regresó a la madriguera, dejando chasqueado al niño que se quedó inmóvil, sin saber qué hacer.

Poco después reapareció Saltarina y aquella vez iba seguida por ocho conejitos, dos de los cuales eran negros como ella, otros dos blancos y los cuatro restantes blancos y negros. Eran lindísimos y Saltarina parecía muy orgullosa de ellos.

Jorge no podía creer lo que estaba viendo. Ocho conejitos pertenecientes a Saltarina. Esta se dirigía hacia él y todos los conejitos se sentaron, formando círculo, en espera de las indicaciones de su madre.

Jorge dió algunos pasos y Saltarina lo siguió. Tras ella iban los ocho gazapitos. Entonces Jorge avanzó algo



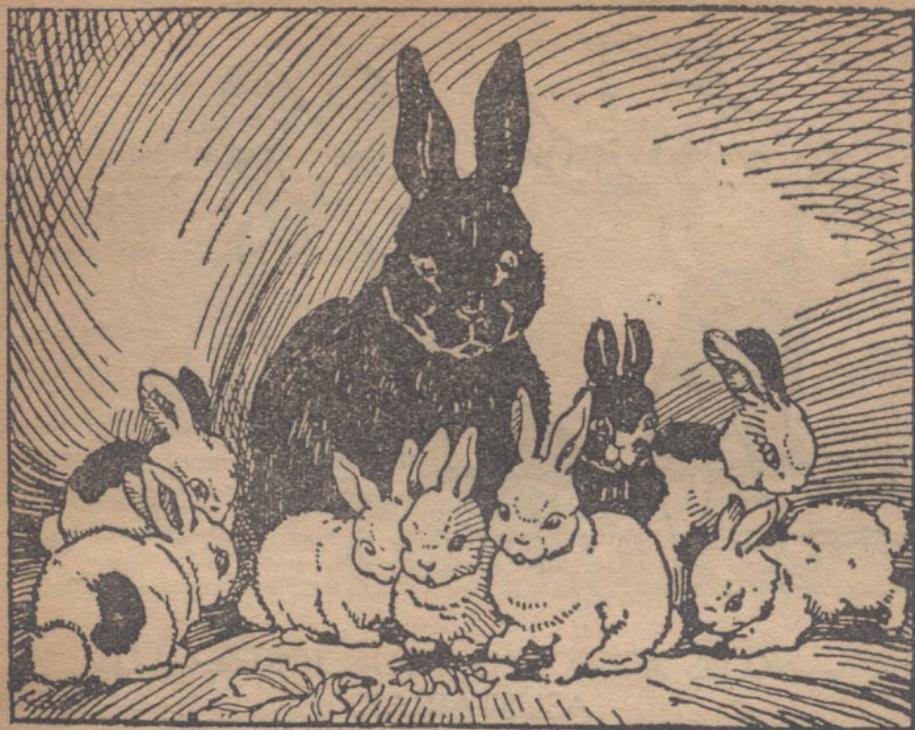
—NO OS ACERQUÉIS—DIJO JORGE.—LOS ASUSTARÍAIS

más y los conejos también lo siguieron. En vista de eso se dirigió ya a su casa, llevando tras de él a la coneja y a sus hijitos. Era un espectáculo maravilloso.

Por suerte, era muy temprano y no encontraron a ningún perro. Un lechero, al ver aquel espectáculo, se quedó atónito y, a corta distancia, Jorge encontró a dos compañeros de escuela. Habían salido temprano para bañarse en el río y al ver a Jorge, seguido de Saltarina y de los gazapos, se quedaron inmóviles y con la boca abierta.

—No os acerquéis—les gritó Jorge,—podrías asustarlos. Quiero llegar a casa sin tropiezo. ¿No os dije que tenía una conejita muy lista?

Papá se afeitaba al lado de la ventana del cuarto de



### SALTARINA YA NO ESTABA SOLA

baño cuando vió llegar a Jorge y, naturalmente, se quedó muy asombrado. Vió que su hijo se dirigía a la jaula y, después de abrir la puerta, encerró cuidadosamente a Saltarina y a sus ocho conejitos.

—¿Qué ha sucedido, Jorge?—gritó Papá.

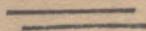
—Ahora te lo contaré, papá—contestó el niño, muy satisfecho, mientras pasaba una hoja de lechuga por entre los alambres de la puerta. Luego entró en la casa y refirió a sus padres lo sucedido.—Supongo, papá, que permitirás a Saltarina que conserve sus hijitos.

—Nunca en mi vida ví u oí un caso más raro—dijo papá.—Desde luego, Saltarina podrá conservar a sus

hijitos y escribiré al periódico lo que han hecho estos animalitos siguiéndote a esta casa.

Así lo hizo y alguien fué a tomar una fotografía de Saltarina rodeada de sus hijos. La prensa publicó el caso, de modo que los compañeros de Jorge pudieron leerlo y enterarse de que su amigo no había mentido. Además, los dos condiscípulos que encontró la mañana del lunes refirieron el caso a todo el mundo; de modo que Jorge fué pronto objeto de la atención general.

Al mismo tiempo, todos le pidieron perdón por haberle llamado mentiroso y Jorge, después de obtener permiso de su mamá, los convidó a todos a merendar y a visitar a Saltarina, que ya no se sentía sola y triste gracias a sus ocho conejitos.



## TRIPOLÍN Y LA BRUJA

Una vez, el duendecillo Tripolín andaba por el bosque cuando encontró a una bruja muy mala. Llevaba un sombrero de alta copa, negro como la pez y adornado por varios soles dorados y numerosas estrellas solitarias; cubríase con una capa roja como el fuego y llevaba unos pendientes muy largos, que parecían de brillantes. Aquella mujer tenía la nariz ganchuda, era bizca y sonreía con malignidad.

En cuanto Tripolín la vió, dióse cuenta de que era una de las brujas más poderosas del mundo y deseó haber tomado otro camino para no encontrarla.

La bruja, por su parte, al ver a Tripolín, se detuvo y tomó un saco que llevaba a cuestas. Luego se acercó al duendecillo, lo cogió por el cuello de la ropa y lo metió en el saco, ató la boca de ése y se lo echó al hombro.

Tripolín no podía hacer cosa alguna. De poco le hubiese servido echar a correr, aún en el supuesto de que pudiera hacerlo, de modo que permaneció quieto en el saco preguntándose qué sería de él.

La bruja lo llevó a su casita, situada en lo más profundo del bosque. Allí abrió el saco y dejó a Tripolín en el suelo. El duendecillo era muy listo y no tenía el menor deseo de verse convertido en gato, para ayudar a la bruja en sus encantamientos, ni tampoco en rana



## LA BRUJA COGIÓ A TRIPOLÍN POR EL CUELLO DE LA ROPA Y LO METIÓ EN EL SACO

o en ratón, que después ella arrojaría al caldero para hacer algún unto; por lo tanto, resolvió esperar una oportunidad para ver si podría burlarse de la bruja.

—¿Qué va usted a hacer conmigo?—preguntó.

—Ya lo verás—contestó ella.—Por de pronto, serás mi criado y me limpiarás la casa.

—Ya veo que es usted una bruja sin importancia—replicó el duendecillo,—porque no tiene ningún criado que le limpie la casa. Está todo muy puerco.

La bruja le tiró de las orejas y le ordenó que barriese el suelo, añadiendo enojada:

—Para que te enteres, soy una bruja muy poderosa, tanto como la que más.

—Se engaña usted, señora. He conocido mejores bru-

jas que usted y aún he visto al hechicero Poderoso llevar a cabo cosas maravillosas. Estoy seguro de que usted no sería capaz de hacer otro tanto.

—¿Cómo te atreves a hablar así?—preguntó ella, tirándole de los cabellos.—Te digo que soy la bruja más lista que has visto en tu vida. Apenas creerías lo que soy capaz de hacer.

—Pues yo tengo la seguridad de que ni siquiera es usted bruja—contestó Tripolín, después de tomar el cubo de agua y el cepillo para fregar el suelo.—Nunca he oído hablar de usted.

—¿Ah, no?—preguntó ella muy enojada.—¡Demonio, cómo se va poniendo el mundo! Ten en cuenta que soy la bruja Olfatona.

Cuando Tripolín oyó su nombre, se estremeció de miedo, porque, en efecto, era una de las brujas más terribles del mundo.

—Mala suerte he tenido de caer en tus manos—pensó,—si salgo vivo de ésta podré darme por contento.

—Y tú, ¿qué brujas y hechiceros has conocido?—preguntó la bruja Olfatona, muy asombrada de que el duendecillo no hubiese oído hablar de ella.

—En primer lugar, al hechicero Potomenemomo, que podía transformarse en mirlo y comer gusanos. Luego, al encantador Colipetanomearna, que se transformaba en fuego cuando le parecía bien. Igualmente he conocido al mago Mulieeparidoreflectoanio, que se transformaba en seis cosas diferentes a la vez.

—¡Bah, yo soy capaz de hacer lo mismo!—contestó la bruja en tono desdeñoso.—Y si eso era lo mejor que sabía hacer, no debían de ser muy listos.

—Lo cierto es que ninguno de ellos podía hacer una

cosa—dijo Tripolín, mientras empezaba a frotar el suelo.

—¿Qué era?—preguntó la bruja.

—¡Bah, no vale la pena! Tampoco sabría usted hacerlo, de modo que más vale no preocuparse.

—¡Pues puedo hacerlo!—replicó ella, enojada.—¿No te he dicho que soy capaz de hacer cualquier cosa?

—No, no quiero. Ahora se figura que podría hacerlo y cuando vea que no lo consigue se enojará conmigo y me pegará.

—¡Dímelo en seguida!—ordenó la bruja.—Si no lo haces, sabrás quién soy yo.

—No lo tome usted así—contestó Tripolín.—El caso es que ninguno de ellos podía convertirse en una caja de fósforos.

—¿Cómo—preguntó ella, asombrada. — ¿Una cosa tan fácil? ¡Me parece que te burlas de mí, duendecillo! Voy a convertirme en una caja de fósforos.

—Aunque lo intente no lo conseguirá—contestó Tripolín, mientras fregaba el suelo.—Es imposible.

—Pues mira, si no lo hago, es por el temor de que me gastes una broma pesada—dijo la bruja furiosa.

—Pues yo creo que si no lo hace es porque no puede—contestó Tripolín.

La bruja lo miró tan colérica, que sus cabellos se erizaron como los de un perro irritado. Tripolín tenía mucho miedo, pero no lo demostró, sino que continuó fregando el suelo.

—Dentro de un momento me habré convertido en una caja de fósforos—replicó la bruja feroz,—y en cuanto haya recobrado mi verdadera forma, te transformaré a ti en una caja de fósforos y me servirás para encender el fuego.

Tripolín la observó con la mayor atención. Ella tomó



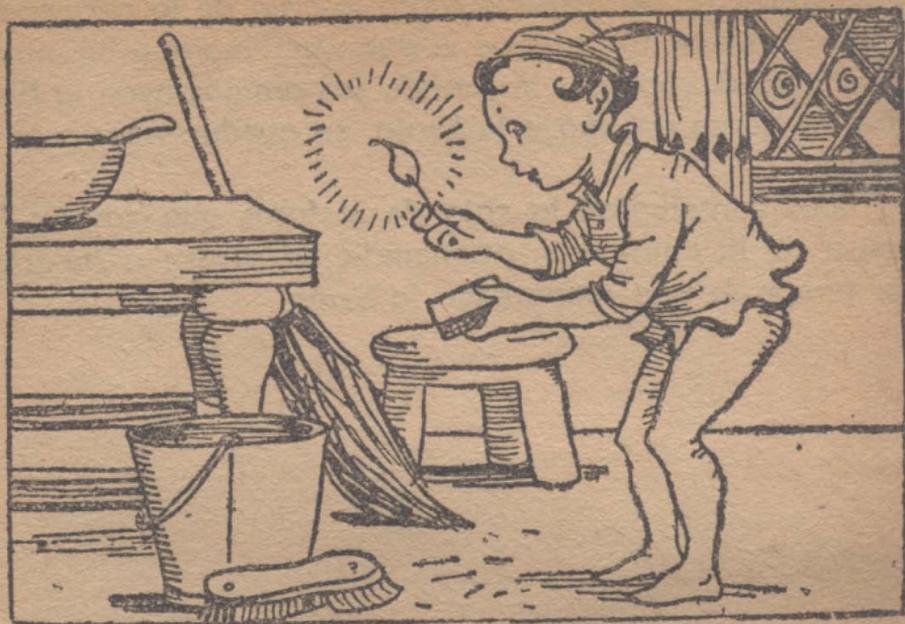
## LA BRUJA EMPEZÓ A DISMINUIR DE TAMAÑO

una varilla dorada y describió un círculo en torno de sus pies. Púsose unos polvos amarillos sobre la cabeza y luego empezó a entonar una canción mágica. Al mismo tiempo iba disminuyendo de tamaño, y Tripolín la miraba asombradísimo, pues nunca había visto nada tan extraordinario.

Cuando la bruja no fué mayor que una manzana, empezó a transformarse y, ante los ojos incrédulos de Tripolín, adquirió, poco a poco, la forma de una caja de fósforos. El duendecillo se repuso rápidamente de su extrañeza y, extendiendo la mano, se apoderó de la caja de fósforos. Luego la abrió y pudo ver que estaba llena. Tomó un fósforo, lo encendió y observó que ardía con llama azul.

—Me he convertido en una caja de fósforos—dijo la voz de la bruja, que salía de la caja.—¿Lo has visto? Soy mucho más hábil que todos los encantadores y brujos que has conocido.

—Sí, pero no eres tan lista como yo — dijo Tripolín,



### TRIPOLÍN ENCENDIÓ UN FÓSFORO TRAS OTRO

riéndose.—Ahora encenderé todos los fósforos y así acabaré contigo, querida bruja.

Dando un grito, la bruja intentó recobrar su verdadera forma, pero a medida que pronunciaba las palabras mágicas, Tripolín encendía un fósforo tras otro y con la llama de los fósforos que se acababan, desaparecía la magia de la bruja, de modo que ésta ya no pudo pensar siquiera en recobrar su figura.

—Te he dado una broma pesada, ¿verdad?—preguntó Tripolín riéndose;—y como ya no necesitas más esta casita, tomaré posesión de ella. Ya te acordarás de que me amenazaste con transformarme en una caja de fósforos. Yo guardaré la caja, pero ten cuidado y pórtate bien, porque Dios sabe lo que podría yo hacer con ella.

Puso la caja de fósforos sobre la caja de la chimenea y aún continúa allí, porque el duendecillo sigue habitando la casa del bosque. Y cuando sus amigos oyen la historia de cómo engañó a la bruja, se quedan muy asombrados.

Todos contemplan la caja de fósforos que hay en la repisa de la chimenea, pero nadie se atreve a tocarla, por temor de que reaparezca la bruja.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

# Un soberbio regalo

## CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.

### *Publicados*

CUENTOS DE HADAS  
JAPONESES

CUENTOS DE HADAS  
INGLESES

CUENTOS DE HADAS  
DE ANDERSEN

CUENTOS DE HADAS  
DE GRIMM

CUENTOS DE HADAS  
DE LA INDIA

### *En preparación:*

CUENTOS DE HADAS  
DE LA CHINA

Precio de cada tomo:

\$ 2.30



URGEL 2 45

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES